

De historias anarquistas

Gerardo Necochea Gracia*

Miguel Orduña Carson y Alejandro de la Torre Hernández (eds. y coords.), *Historias de anarquistas. Ideas y rutas. Letras y escenas*, México, FFyL-UNAM / INAH, 2017, 341 pp.

Historias de anarquistas consta de 341 páginas y entre tapa y contratapa se compilan 10 ensayos, además de la introducción. Con el título referido uno espera que las historias vayan de aquí para allá, versen sobre esto y lo otro sin organización ni jerarquía aparente. Y algo hay de eso, o dejarían de ser historias anarquistas. También presenta una inesperada simetría: el contenido está dividido en dos partes y cada una se compone de cinco textos, además de un cuidado orden: la primera es andariega: “Ideas y rutas”; la segunda es más estática y reflexiva: “Letras y escenas”.

La introducción al libro nos invita a leer el conjunto de artícu-

los como trayectorias individuales. Advierten los coordinadores, por cierto, que han preferido abordar por encima las discusiones ideológicas o los análisis estructurales e institucionales de organizaciones y movimientos. Aceptando la invitación, ¿qué tipo de trayectorias encontramos?

El texto que traza una trayectoria individual de manera más clásica, por decirlo así, es el de Aurelio Fernández Fuentes, que aborda a Abelardo Saavedra Toro. El autor, desde el título, anuncia que se trata de una crónica; y como nos enteramos hacia el final del texto, ciertos momentos son narrados desde la familiaridad con el protagonista del artículo. El lapso de vida de Saavedra (1860-1937) abarca, más exactamente que la periodización indicada en la introducción, el periodo histórico tratado por la mayor parte de los artículos. Y su recorrido por este mundo revela características que en general puntuaron las trayectorias de los anarquistas que aquí conocemos.

La primera es la migración. Saavedra nació en la provincia de Cádiz, en España, aunque Fer-

nández Fuentes escogió introducirlo cuando arribó a La Habana, Cuba, en 1907. La conexión entre España y Cuba aparece repetidamente en el texto. Alejandro de la Torre se ocupa del pequeño círculo de anarquistas hispano hablantes en Nueva York, que inmigraron de Cuba o de España. David Doyllon, por su parte, refiere el desplazamiento de dos anarquistas franceses a España, huyendo de la represión. Los traslados podían ser de igual manera dentro de un mismo país, como hizo primero Saavedra, que fue en Madrid donde se convirtió al anarquismo, o como hizo el joven Frank Tannenbaum, que migró a Nueva York (claro que sus padres habían ya emigrado de Europa a América). Las estancias en nuevos destinos podían sumar varios años, como la de Saavedra, o pocas semanas, como las que Agustín Souchy pasó en Cuba, invitado a conocer los experimentos cooperativistas emprendidos inmediatamente después de la revolución.

Ser anarquista en esos años parece haber obligado a llevar una vida itinerante; y eso recuerda lo que sugiere Raymond Williams

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

respecto al modo como el extrañamiento que aqueja al de fuera, contribuye a la ruptura con los moldes heredados para interpretar la realidad; la migración como chispa que alimenta el fuego rebelde.

Para otros, que no eran dedicados militantes de la Idea, sino que eran lectores de periódicos, asistentes a centros culturales o participantes en conflictos específicos, la migración era producto de sus condiciones de trabajo. Tal era el caso de los trabajadores del tabaco que circulaban entre Cuba y Estados Unidos, o de los marineros gallegos que leían *Cultura proletaria* en Nueva York. También de los jornaleros agrícolas que seguían la demanda de brazos en el campo andaluz, como señala José Luis Gutiérrez Molina, o en plantaciones azucareras en el norte peruano, como detalla Steven Hirsch. Y con ellos obreros urbanos que actuaron en solidaridad, y militantes anarquistas que se desplazaron para encontrarlos, para agitar, fundar escuelas, centros culturales, organizaciones de resistencia. En el campo peruano, los anarquistas atravesaron las fronteras que dividían el campo de la ciudad y a un grupo étnico de otro. Es decir, los anarquistas se mueven porque el mundo está en constante circulación, y también porque el mundo está dividido.

Los anarquistas eran, como elegantemente se bautizó, un grupo, vagabundos cosmopolitas. Algo había en su visión de mundo que los hacía “pata de perro”: sin duda el ideal de un solo mundo, el de solidaridad a través de todo tipo de fronteras contribuía a practicar

la idea de pertenecer al mundo y a ninguna nación. Al mismo tiempo, la práctica de la propaganda con frecuencia resultaba en persecución y huida. El anarquista entraba y salía de la cárcel, así como entraba y salía de una ciudad, un país.

Represión y huida es una manera diferente de seguir las trayectorias de vida. Así lo hace Doillon, que sigue a dos anarquistas franceses en un ir y venir entre Francia y España, entre París, Lyon y Barcelona; los vagabundos cosmopolitas lo eran de Barcelona y Gracia, esta última en la periferia de Barcelona y sede de la acción directa. Doillon narra la vida de Octavio Jahn, quien nació en Cherburgo, después residió en París y de ahí fue a dar a Bélgica, donde estuvo preso por dos años; luego París nuevamente, y otros seis meses de prisión. De ahí a Lyon, con giras y visitas a distintas ciudades en el entretanto, y una nueva estancia en prisión. Un anarquista más de esta historia fue Pablo Bernard, quien nació cerca de Lyon y posteriormente residió en esa ciudad. Ahí se conocieron Jahn y Bernard, y de ahí se dirigieron hacia Barcelona, huyendo de cargos y una probable condena, similares a los enfrentados muchas veces: incitación al homicidio, pillaje e incendio.

Como ellos, Saavedra fue apresado por su participación en protestas públicas. En su caso fueron las huelgas de jornaleros en Andalucía. Salió rumbo a Madrid, donde nuevamente fue encarcelado. Ya en libertad, participó en giras de propaganda y eventualmente llegó hasta La Habana. En Cuba

sufrió cárcel en 1908 y expulsión en 1911, pero regresó en 1913 y vuelto a expulsar en 1915. Ernesto E. Guerra, también huyendo de la policía, en este caso la de Porfirio Díaz, dejó México en 1908, residió un tiempo en Londres y luego en Barcelona. Agustín Souchy, nacido en Silesia, emigró a Alemania, donde fue testigo de la fallida revolución de 1919; después estuvo en Rusia, en la fundación de la Tercera Internacional, y más adelante participó en la Guerra Civil española. Nosotros lo encontraremos, en la narración de Mario Castillo Santana, durante su breve visita a Cuba, en 1960. Represión y migración fueron para estos anarquistas sucesos tan inevitables como inseparables en el transcurso de sus vidas.

Al lugar que llegan y del que salen dejan un rastro de prensa, escuela, biblioteca. Prensa, escuela y biblioteca, considera Regis Debray, fueron pilares de una tradición común a todas las izquierdas formadas entre los años de la Ilustración y la segunda mitad del siglo XX. Gracias a este infaltable trío, aún efímeros sucesos, dejaron registro, como fue el caso de lo que Elisa Servín denomina: “El episodio anarquista de Frank Tannenbaum”. Éste es otro elemento que conforma las trayectorias anarquistas.

Mientras residió en Madrid, Saavedra aprendió, además del ideal anarquista, un oficio: el de formador y redactor en un periódico conservador. Combinó, como muchos más, el saber de la imprenta con la propensión a la agitación. Los hombres mencionados en el libro fueron tipógrafos y escritores,

la mayoría de ellos de propaganda en los periódicos anarquistas que editaban e imprimían. Algunos incursionaron en la ficción, como Guerra y su novela *Máximo*, un retrato autobiográfico de sus tiempos y lugares: desde el inicio de la oposición al dictador Díaz, en México, hasta las jornadas insurreccionales en Barcelona, que terminaron con el fusilamiento de Ferrer Guardia.

Por esa razón, claro, la prensa es una manera distinta de seguir las trayectorias vitales. Alejandro de la Torre hace precisamente eso, y narra las vicisitudes del periódico *El Despertar*, dirigido a la minoría anarquista hispano hablante en Nueva York. Uno de los editores era tabaquero y leía en voz alta para sus compañeros en las fábricas de cigarros; uno más era el infaltable tipógrafo. La mayor parte de sus lectores eran trabajadores del tabaco que recorrían el circuito La Habana, Nueva Orleans, Tampa, Nueva York, y buena cantidad eran españoles. *El Despertar* se convirtió en centro de distribución de publicaciones, y en espacio de encuentro y de construcción de identidad política.

Los desacuerdos que con frecuencia llevan a rupturas fueron comunes a la izquierda, y los anarquistas no fueron excepción. La guerra de Cuba dividió a los editores de *El Despertar*: los cubanos apoyaron la lucha por la Independencia porque consideraron la posibilidad de convertirla en revolución social, mientras que los españoles se opusieron a cualquier tipo de patriotismo. Surgió entonces *El Rebelde*, de corta ca-

rrera, cesando la publicación de *El Despertar* en 1902. Le siguió *Cultura proletaria*, que inició en 1910 y un año después cambió a *Cultura obrera*. Este periódico se difundía entre un público de inmigrantes gallegos que eran trabajadores portuarios, y en poco tiempo entabló relación duradera con el periódico *Regeneración* de los magonistas, y en adelante dirigió la mirada hacia la frontera con México y la revolución al sur. Hubo así un cambio de orientación que duró hasta el fin de la guerra europea y, poco después, cesó la publicación de *Cultura*.

No sólo los periódicos sino también los textos son las migajas que vamos recogiendo para conocer los caminos. Podemos seguir las trayectorias a través de los escritos de gran parte de estos personajes, unos que llamaban a la acción inmediata, otros orientados a la reflexión de largo aliento. La pasión y confianza en que la palabra impresa sería el medio para lograr la emancipación, compartida por quienes abogaban por la revolución o por el cambio gradual, hicieron que fuera promovida la educación, por ejemplo, las escuelas racionalistas que siguieron el modelo de Ferrer Guardia. Esa idea fue piedra de toque del proyecto anarquista, como se expone detalladamente en la novela de Guerra, como nos enteramos también gracias a la descripción y examen que hace Anna Ribera Carbó. Jahn o Saavedra, al lugar que llegaban, ayudaban a fundar periódicos y centros culturales; lo mismo hicieron los anarquistas andaluces y los peruanos para la población

rural. El trabajo de agitación oscilaba así entre la propaganda por el hecho y el convencimiento por la educación.

Éstas son pues las estaciones en los trayectos de vida dibujados en el libro. No hay paradas para describir aspectos distintos de la vida. Amores y desamores, por ejemplo. Uno puede suponer que cuando la periodista Severine escribió a Jahn pidiéndole que dejara la vida vagabunda, que regresara a París y ella le encontraría trabajo, quizás la motivara un sentimiento amoroso además de la solidaridad política. Tampoco familia, pues las de origen, en algunos casos eran humildes, en otros no; y suponemos experiencias infantiles distintas. También podemos especular acerca de parejas sentimentales y descendencia. La detallada crónica de Saavedra nos informa que se casó en 1886, el matrimonio tuvo tres hijas y un hijo, y Saavedra enviudó en 1897. Volvemos a saber de las hijas porque se unieron a su padre en una pequeña población cercana a La Habana, en 1907. Después nos enteramos que su hijo y una de las hijas permanecieron en Cuba, mientras que las dos restantes regresaron a España. Probablemente había una relación cálida, a juzgar por el hecho de que Saavedra, a los 70 años, se fue a vivir con su hija mayor, y murió en la casa familiar. ¿Cómo habrá sido la vida parental entre la agitación, la represión, los encarcelamientos y las mudanzas de ciudad y países? Pudiera ser que a los historiadores les interese poco estas cuestiones, pero es más probable que el silencio obedezca a

las escasas fuentes que nos dan pistas sobre estos asuntos, entre otras razones porque a los propios protagonistas les parecía poco importante hablar de sí mismos y de intimidad.

El lector interesado que dista de ser especialista, encontrará novedosas las refutaciones a ciertas verdades convencionales. Una de ellas tiene que ver con la imagen del terrorista anarquista actuando solo, sombra desaliñada que se escurre por la oscuridad cargando una esfera con mecha que en cualquier momento hará trizas a la persona o propiedad del poderoso. No es que las historias anarquistas desmientan el acto sigiloso y violento, sino que lo sitúan en complejos contextos históricos. El anarquismo no era monolítico; había variedad de posturas y prácticas, e incluso un mismo individuo transitaba entre ellas. Con frecuencia se creaba tensión, cuando no abierta controversia, entre abogar por la educación para la emancipación, organizar sindicatos y llevar a cabo un atentado. La discusión historiográfica de Gutiérrez Molina demuestra cómo la imagen

del terror, que dominó la historiografía del anarquismo español, combinada con la caracterización de rebeldes primitivos, invisibilizó algunas vigorosas prácticas anarquistas. Miguel Orduña emprende una discusión historiográfica en el mismo sentido para el anarquismo mexicano.

Una idea muy común es que el anarquismo, como el tren de mulitas, desapareció con la modernidad. Sus últimas batallas habrían corrido en las décadas de 1920 y 1930. Dos de los artículos apuntan su continuidad hacia la segunda mitad del siglo XX. Ulises Ortega Aguilar, en un sencillo bosquejo biográfico, refiere la vida de Efrén Castrejón Marín, nacido en Churumuco, Michoacán, en 1875. Participó en la Revolución, después hizo amistad con magonistas, estuvo en la Confederación General de Trabajadores, y estuvo entre los fundadores y asistentes al primer congreso de la Federación Anarquista Mexicana (FAM), en 1945. Castrejón murió en 1971, y la Federación no perduró mucho después de su fallecimiento. En un segundo texto se relata la breve

visita de Souchy a Cuba en 1960, y aprovecha la anécdota para describir la trayectoria de éste. Es importante conocer la trayectoria para aquilatar las observaciones críticas de Souchy, que advirtió que las políticas de el desarrollo, emitidas desde la dirección hacia las bases, mejorarían las condiciones materiales de vida, pero difícilmente conducirían a la emancipación de los trabajadores.

Para decirlo brevemente: la riqueza de *Historias de anarquistas* congregadas en este libro, yace en las trayectorias contextualizadas. Así podemos conocer de una manera distinta lo hecho, dicho y sentido por los anarquistas. Es posible, también, gracias a la reflexión historiográfica ofrecida y las numerosas vetas abiertas a la investigación y la reflexión, pensar en cómo entretener la historia del anarquismo con la de los trabajadores y los conflictos sociales, para romper con la noción convencional de que hubo alguna vez unos buenos y violentos hombres que inyectaron unas buenas y destructivas ideas a la masa expectante y ansiosa por despertar.